

Ventanas de Manhattan

Invención, Memoria y Conocimiento

En la historia de la literatura española podemos encontrar espléndidos libros sobre Nueva York. Pienso en *Pero ellos no tienen bananas* de Jacinto Miquelarena, en *La ciudad automática* de Julio Camba, en *Weekend (d'estiu) a Nova York* de Jusep Pla o en los más recientes *Cincuenta y tres* y *Octava* de José María Conget y *Líneas urbanas* de José Luis García Martín; pero *Ventanas de Manhattan* no pertenece a ese linaje ilustre porque no es un libro sobre Nueva York. *Ventanas de Manhattan* es Nueva York, y deseo comenzar así de rotundo porque no hacerlo sería traicionarlo.

Precisar cuándo fue la primera vez que Antonio Muñoz Molina recorrió las calles de Nueva York es algo que sólo le interesa al Departamento de Migraciones de los Estados Unidos de América, pues a sus lectores nos basta con saber que el Robinson Urbano ya soñaba con un fondo de rascacielos iluminados en la noche granadina, o que el exquisito habitante del Nautilus ya contemplaba los escaparates cantiñeando *take a walk on the wild side*, muchos años antes de rebañar con la mirada las primeras ediciones de Bauman Rare Books, uno de los escaparates más *wilds* de Madison Avenue. En realidad, gracias al jazz, el cine y la literatura, Muñoz Molina ya había sucumbido al

embrujo de Nueva York desde sus años universitarios, aunque uno intuye hechizos más remotos al conjuro de Julio Verne y la magia menor de un gorila mayor. Quién sabe si aquel destello primordial de Nueva York no fue el que reverberó en la primera estrofa de «La Selenea», inédito poema épico que un escolar de Úbeda le dedicó en 1969 al Apolo XI:

*En la inmensa ciudad cosmopolita,
entre los poderosos rascacielos,
un vendedor de periódicos grita
agitando en el aire sus libelos.*

Nueva York es un territorio habitual de las narraciones de Muñoz Molina. Así, en *El jinete polaco* –novela cuyo título proviene de un cuadro de Rembrandt que el autor descubrió precisamente en la Frick Collection de Nueva York- Manuel y Nadia se aman en la habitación de un hotel de Lexington con la 51, que acaso sea la misma habitación donde Edward Hopper hubiera pintado nevados paisajes de amor desde una ventana del Waldorf Astoria. En *Sefarad*, una pareja hace las maletas durante la mañana de su penúltimo día en Nueva York, recogiendo aturridos esos tenaces fragmentos de vida que se aferran a los armarios, las neveras y los lavabos. Incluso en *Carlota Fainberg*, una novela que jamás transcurre en Manhattan, Muñoz Molina reconoce el esplendor de Nueva York en Buenos Aires. En «Las ciudades extranjeras» -uno de los textos más bellos de *Diario del Nautilus*- Muñoz Molina conjetura que la ciudad de uno debe de ser «hermosa

como un cuerpo conocido y deseada con la plenitud que sólo concede el conocimiento» ... «De tanto caminar por ella –advierte- ha dejado de ser un paisaje para convertirse en un estado del espíritu». *Diario del Nautilus* se publicó en 1986, cuando Nueva York todavía era una «ciudad extranjera» para Antonio Muñoz Molina. Casi veinte años después, ya es pasto de su alma, como quería Gracián.

Por lo tanto, *Ventanas de Manhattan* es Nueva York porque ha sido escrito con la misma certeza que poseyó a Muñoz Molina cuando terminó *Ardor guerrero*: «Yo no estaba escribiendo una memoria personal; es decir, anotando lo que veía la mirada del recuerdo, sino que me hallaba plenamente sumergido en lo que la imaginación conocía». Invención, memoria y conocimiento. Toda la obra de Muñoz Molina surge de la combinación de estos tres elementos, como cualquiera comprobaría leyendo *Pura alegría* y especialmente *Ventanas de Manhattan*.

A menudo confundimos literatura y ficción, olvidando que una narración puede ser la reelaboración de un recuerdo que llamamos invención. *Ventanas de Manhattan* atesora invenciones que merecen formar parte de esas miniaturas literarias que el *New Yorker* publica desde 1925 bajo el título «The Talk of the Town», aunque las mejores invenciones de *Ventanas de Manhattan* son las que nos remiten –más bien- a otros libros de Muñoz

Molina. Pienso en *El invierno en Lisboa* y en esa noche memorable en el Arthur's Tavern de Grove Street; pienso en *Plenilunio* y en las páginas arrasadas por el horror de la destrucción de las Torres Gemelas; pienso en *Sefarad* y en el azaroso inventario de exiliados que desfilan por *Ventanas de Manhattan*, desde los obreros italianos del Bronx hasta los alumnos latinoamericanos de CUNY, cada uno con «su propio exilio personal, su historia de huida y viaje a Nueva York, capital de tantos destierros».

Decía Valle Inclán que las cosas no son como fueron sino como las recordamos, y agrega Muñoz Molina que sabemos quiénes somos porque lo recordamos. Algunos de los pasajes más conmovedores de *Ventanas de Manhattan* tienen que ver con los recuerdos, como el aroma de un cocido que convocó el sabor de todos los cocidos primordiales de la infancia, como el perfume de aquel cocido del Lhardy que irrumpió majestuoso en *El dueño del secreto*. Pero no todas las memorias son tan sabrosas. Uno leyó desprevenido la evocación de la casa campesina llena de enseres humildes y electrodomésticos asmáticos, y más adelante sospeché sobrecogido que aquellos objetos amados y vividos también podrían formar parte de la minuciosa arqueología de la pobreza rescatada por el Tenement Museum. Uno sintió una emoción indescifrable cuando el narrador de *Ventanas de Manhattan* pasea por el Farmer's Market de Union Square, y gracias al blanco

tierno de las hojas de apio, a la tierra húmeda que barnizaba las patatas y a la fragancia penetrante del tomillo, recobra la memoria olorosa del puesto de hortalizas que tenía su padre en el mercado de abastos de Úbeda. ¿En qué pensaría Muñoz Molina delante de la hucha de lata en la que Julius Rosenberg recolectaba monedas para salvar la vida de un niño republicano español? No importa, pues estos episodios –luminosos como relámpagos- justifican el libro y convierten a nuestro Robinson en ciudadano de la isla de Manhattan.

Finalmente, no conozco a ningún otro escritor español que encarne como Muñoz Molina la ambición del aprendizaje, la curiosidad por el estudio y el placer del conocimiento. *Ventanas de Manhattan* es la gesta de un moderno Alonso Quijano que sólo desea seguir aprendiendo y que comparte con nosotros sus conocimientos: los museos que visita, los libros que lee o las historias que registra. Por otro lado, *Ventanas de Manhattan* está sembrado de contraseñas que remiten a otras lecturas. Así, un giro retórico nos recuerda la experiencia de la modernidad de Marshall Berman, una reflexión sobre las esculturas de Giacometti consiente la lectura de *Herreros y alquimistas* de Mircea Eliade, las fotos de Richard Avedon nos trasladan a *El otoño de la Edad Media*, y la digresión de Goya sobre el tiempo que pinta invoca el bellissimo *Elogio de la sombra* de Tanizaki. Pero el narrador de *Ventanas de Manhattan* no sólo es un hombre que sabe sino que le urge saber, que escucha

la radio para atesorar palabras «como las monedas que acaparan en sus cofres los avaros de los cuentos» y que en los cuadros, en las esculturas y en los libros «busca lo que está en ellos y también lo que está más allá, una iluminación acerca de sí mismo, una forma verdadera y pura de conocimiento». *Ventanas de Manhattan* es una exaltación del aprendizaje y del conocimiento como la única aventura épica de nuestro tiempo, y es a la vez nudo y cifra de toda la obra de Muñoz Molina. Glosó un pasaje esencial y conmovedor:

Cada paso del aprendizaje sirve sobre todo para cobrar conciencia de la amplitud casi infinita de una lengua, y cada palabra nueva acentúa el deseo y la inquietud de saber más en vez de apaciguarlo a uno en la complacencia de lo que ya sabe. La ciudad entera, las paredes, el aire, las hojas del periódico, la radio, las películas en blanco y negro que miro en la televisión, las ráfagas de conversación que atrapo por la calle, todo forma un laberinto y un universo de palabras, un gozoso desafío como el del niño que va por la calle de la mano de sus padres y repite dificultosamente los sonidos que está aprendiendo a asociar con los signos escritos. Tantas palabras que habría que saber, tantos nombres de plantas, de frutos, de hortalizas, de hierbas aromáticas, de variedades de calabazas, en el mercado matinal de Union Square, tantos libros en las librerías y discos en las tiendas, con una capacidad de incitación tan plural y casi dolorosa, como cuando tenía dieciocho o diecinueve años y me asomaba por primera vez a las librerías de

*Madrid, como cuando llegué a Granada y se me quedaban los ojos atrapados casi en cada escaparate donde había nombres resplandecientes y prometedores, libros que yo deseaba y que no me era posible comprar sino al cabo de mucho tiempo y con grandes quebrantos, con angustiosas deliberaciones interiores sobre precios, posibilidades de ahorro, necesidades más urgentes que no habría sido sensato aplazar. Vuelvo a ser quien abría con impaciencia un libro y empezaba a leerlo por la calle, quien se sentaba en un bar o se tendía en la cama del cuarto alquilado y recibía el impacto de un deslumbramiento que parecía cambiarle la vida y la manera de mirar el mundo: como descubriría entonces a Onetti o a Borges o a Faulkner o a Proust, sintiendo que se me ensanchaba la respiración y se me agudizaba la inteligencia, que la literatura era una pasión a la que valía la pena dedicarle la vida. Ahora leo en Manhattan al Philip Roth de *The Human Stain* o de *The Dying Animal* o encuentro por primera vez la prosa límpida de Alice Munro, o los ensayos de Joseph Brodsky o la crónica de sus viajes a Venecia, o *El secreto de Joe Gould* de Joseph Mitchell, o las memorias de Dizzy Gillespie, que se titulan *To be or not to bop* y son un relato insuperable de la vida en la edad de oro del jazz. Como a los veinte años, leo esos libros y tengo la sensación de que no he escrito nada todavía, la certeza doble de que mi vida va a ser la literatura y también de que nada de lo que he hecho tiene la envergadura suficiente como para parecerse a las cosas que leo, a las incitaciones que esos libros despiertan en mí. Revivo en Manhattan el estado de trance que conocí en una plaza de Granada una tarde de verano, cuando tenía veinticinco años, cuando descubrí de pronto, ligero de biografía, con mi primer trabajo y mi primer apartamento*

alquilado, contagiado por la lectura de De Quincey y de Baudelaire, que el espectáculo de la ciudad a mi alrededor contenía todas las posibilidades de la literatura, y que todo lo que veían mis ojos merecía ser celebrado y contado, los pájaros en las copas de los tilos, la gente en las cafeterías, los anuncios en las vallas publicitarias, las mujeres que volvían a llevar minifaldas, transtornándome con el mismo deseo que en el principio de la adolescencia.

La extensión de la cita anterior era imprescindible para dilucidar el esplendor y la felicidad de Nueva York, esa ciudad en la que –según E.B. White- nadie debería vivir si no se considera afortunado. Por eso *Ventanas de Manhattan* es la «pura alegría» de Nueva York, una promesa infinita de invenciones, memorias y conocimientos que Muñoz Molina se propone arramplar con la misma resolución con que su abuelo rescató el *Quijote* de las llamas y amar «con la plenitud que sólo concede el conocimiento».

En Union Square, Muñoz Molina recuperó el olor generoso de su tierra a través de las calabazas, los tomates agrestes y el pan recién hecho. En mi casa de la vega sevillana, *Ventanas de Manhattan* me ha regalado el resplandor de los diamantes del Chrysler sobre los naranjos.

Fernando Iwasaki
Sevilla, 25 de Marzo de 2004